

Espiritualidad de don Bosco

Don Bosco' Spirituality

EUGENIO ALBURQUERQUE (SDB)

DOCTOR EN TEOLOGÍA MORAL.

DIRECTOR DEL *BOLETÍN SALESIANO* Y DE *CUADERNOS DE FORMACIÓN PERMANENTE*

Resumen

Sitúa este artículo la espiritualidad de don Bosco en el contexto religioso en que vivió el Santo y dentro del marco de las distintas corrientes de la espiritualidad cristiana. Se concentra especialmente en describir su propio recorrido espiritual y las características más relevantes de la espiritualidad que propone a los jóvenes de Turín y a los primeros religiosos de la incipiente Congregación Salesiana, a través de su persona y de sus numerosos escritos.

Palabras clave: don Bosco, espiritualidad, educación, jóvenes, santidad.

Abstract

This article places don Bosco's spirituality in the religious context in which the Saint lived and also within the framework of the different trends of Christian spirituality. It especially focuses on describing his own spiritual trajectory that he suggested to the youth from Turin and the first priests of the emerging Salesian congregation through his person and numerous writings.

Key words: don Bosco, spirituality, education, youth, sanctity.

1. INTRODUCCIÓN

La espiritualidad cristiana se refiere a una forma de vida guiada por el Espíritu de Cristo. Es, en su sentido más preciso, presencia, camino y dominio del Espíritu, que conduce a vivir el evangelio del amor, el seguimiento de Jesús, el compromiso por el Reino. Se entiende, pues, como la presencia del Espíritu de Cristo en la vida de las personas, de las comunidades y de las instituciones que quieren ser cristianas. Se trata de una forma y de un estilo de vida inspirados y guiados por Dios, motivados y arraigados en Jesús, a la vida más personal e íntima que se desarrolla interiormente a través de la relación que Dios, por su Espíritu, suscita y establece en nosotros.

Necesariamente la espiritualidad cristiana está informada e inspirada por la fe. Pero en modo alguno puede hablarse de una única espiritualidad cristiana. Hay una raíz común y unos elementos identificadores, pero las expresiones concretas pueden ser muchas. Por eso, se habla de un «pluralismo de espiritualidades», porque no existe una sola forma histórica de expresar toda la riqueza de la vida de Dios en Cristo y porque, además, la misma espiritualidad cristiana necesita acomodarse a los profundos cambios de la historia. De hecho, en la vida cristiana han florecido un amplio y rico conjunto de *espiritualidades*: agustiniana, benedictina, dominicana, franciscana, ignaciana, carmelitana, etc.

En este artículo, nos fijamos concretamente en una de estas corrientes de la espiritualidad cristiana, la espiritualidad salesiana que tiene principio y origen en san Juan Bosco. La atención se concentra de manera especial en valorar hasta que punto es posible señalar a don Bosco como fundador de una espiritualidad original en la Iglesia, analizando tanto su propio camino como la propuesta espiritual que lanza en su tiempo, adentrándonos en sus raíces y esbozando sus principales características.

2. CONTEXTO RELIGIOSO-ESPIRITUAL EN EL QUE VIVE DON BOSCO

Aunque don Bosco posee una personalidad muy fuerte y unos rasgos muy originales, para entenderlo y entender su espiritualidad hay que situarlo necesariamente en su tiempo. Antes de entrar en su experiencia espiritual hay que mirar el momento histórico en que vive, su tierra, su gente. Don Bosco es un

hombre del ochocientos. A sus espaldas quedan las grandes revoluciones sociales, políticas, culturales del siglo XVIII, cuya herencia será sentida fuertemente a lo largo de todo el XIX. Es testigo de la gran transición política que vive la península italiana, que va a transformar el reino saboyano del Piamonte en el reino de Italia.

Las condiciones de la sociedad y de la Iglesia en este nuevo periodo son diametralmente opuestas a las del *Antiguo Régimen*. Según Martina, el principio fundamental que informa la estructura política de la sociedad liberal que surge de la Revolución Francesa se podría expresar con el término *separatismo*. Es decir, el orden político-civil-temporal y el espiritual-religioso-sobrenatural no solo son distintos, sino del todo separados: el Estado y la Iglesia transitan por caminos paralelos que nunca se encuentran (Martina, 1974, pp. 37-84, pp. 90-101). En este sentido, se subraya: mientras la naturaleza de la sociedad civil es colectiva, la religión consiste en una relación totalmente individual con Dios; mientras la sociedad busca como fin propio únicamente la prosperidad temporal, limitada a esta vida, la religión se orienta hacia la vida eterna, ultraterrena. No existen, pues, elementos en común entre la vida de la sociedad civil, del Estado, y la de la religión y la Iglesia. Se puede decir, pues, que la Revolución condujo, por primera vez en la historia de la Europa cristiana, a la laicización de la vida pública. A partir de entonces, la humanidad se acostumbró a vivir la vida social y política al margen de la intervención de la Iglesia y de sus ministros.

Esta separación se desarrolla en los países latinos (Francia, España, Portugal, Italia) bajo el signo de la hostilidad, quizá como reacción contra la unión demasiado estrecha entre la Iglesia y el Estado propia del *Antiguo Régimen*. En Italia, además, se entremezcla estrechamente con la cuestión romana. En 1848, se aprueba, superando la fuerte resistencia del episcopado piamontés, la emancipación civil de los acatólicos, judíos y valdenses; en 1850, fue abolido el fuero eclesiástico; en 1866, se introduce el matrimonio civil; con tres leyes sucesivas (29 de mayo de 1855, 7 de julio de 1866, 15 de agosto de 1867), quedaron suprimidas las Órdenes religiosas y confiscado el tesoro eclesiástico.

Todo esto merma notablemente la fuerza y el poder político de la Iglesia. Sin embargo supone también un esfuerzo muy firme para fortificar su acción espiritual. Efectivamente, a lo largo del siglo XIX se multiplican las nuevas fundaciones religiosas y se expande el testimonio de numerosos santos: Cafasso, Cottolengo, Murialdo, Guanella, Juan Bosco. La Iglesia se purifica.

Carente de los medios económicos y políticos en los que había basado la eficacia de su acción, comprende mejor el alcance de la gracia y la libertad en que se fundamenta la fe. Pero, ciertamente, todo esto se realiza a través de un proceso muy dificultoso y complejo. No resultó fácil a la Iglesia adecuar sus estructuras, funciones y actividades al nuevo contexto histórico y político. Durante buena parte del siglo XIX, la mayoría del episcopado opuso fuerte resistencia. Preocupados por reconstruir lo que la Revolución había demolido, por recuperar el antiguo patrimonio material, moral y espiritual, se enfrentan a la «revolución liberal» con lamentaciones, condenas y excomuniones que atraviesan todo el siglo XIX.

Pero no solo hemos de fijarnos en este gran marco de referencia histórico; hay que llegar también a la realidad social y religiosa concreta: el mundo rural en el que crece Juanito Bosco, inmóvil y al margen de las nuevas corrientes e ideas de la época, la escuela tradicional y el seminario tridentino de Chieri, el Convictorio Eclesiástico de Turín, ligado a la más segura ortodoxia católica, sus lecturas predilectas sobre historia eclesiástica y apologética (Braido, 2003, pp. 19-52). Del influjo de cada uno de estos momentos y lugares nos ocuparemos enseguida. Pero conviene destacar, desde el principio, que en san Juan Bosco, la concepción de la vida, de la felicidad, de la perfección cristiana, de la Iglesia, el propio proyecto apostólico y espiritual, no fue intemporal; al contrario, su concepción antropológica, teológica y social, así como su propia vivencia sacerdotal, no pueden separarse de su tiempo. Situado entre el *Antiguo Régimen* y el nuevo mundo que surge tras las recientes revoluciones, según Braido, don Bosco, durante toda su vida, aparece marcado por una ambivalencia irresoluta entre tradición y modernidad. La cultura, la formación inicial y la mentalidad de base le arraigan en unos principios muy distintos de los de la Revolución Francesa. Sin embargo, la inteligencia, la atención a las necesidades de su tiempo, las exigencias de sus obras, lo hacen también un hombre nuevo y sorprendentemente libre. Hombre de su tierra y de su tiempo, termina por convertirse en ciudadano del mundo, santo de ayer y de hoy.

3. TRAYECTORIA ESPIRITUAL

Muchos de los que han escrito sobre la espiritualidad y santidad del fundador de la Familia Salesiana, se inclinaron a verle como fundador desde los prime-

ros años de su vida, siguiendo las tendencias de un cierto tipo de hagiografía. En realidad, don Bosco, como todos los humanos, construye su vida, proyecta su espiritualidad, crece en santidad, paso a paso, lenta y fatigosamente. Desde esta perspectiva abordamos de manera necesariamente muy sintética su camino y trayectoria espiritual, que lo conducen a la madurez y al desarrollo de una verdadera propuesta y escuela de espiritualidad¹. Lo hacemos, de la mano de uno de los escritos del mismo don Bosco, *Memorias del Oratorio de san Francisco de Sales de 1815 al 1855* (2011). A pesar de la inclinación de don Bosco a la reserva de su intimidad y experiencia espiritual, el libro nos ofrece anotaciones preciosas para poder comprender su andadura espiritual.

3.1. La acción educadora de Mamá Margarita

Desde las primeras páginas de las *Memorias del Oratorio*², la narración de don Bosco manifiesta una constante que lo acompaña a lo largo de toda su existencia: la importancia determinante de la religiosidad, de la Religión, en su mentalidad y en el ambiente en que crece (MO³). Y es sobre todo a su madre, Mamá Margarita, y a su acción educadora, a quien atribuye el mérito de haber arraigado en él el sentido de Dios, una visión de fe profunda y una firme esperanza:

Su mayor preocupación fue instruir a los hijos en la religión, enseñarles a obedecer y ocuparlos en cosas propias de su edad. Desde muy pequeño, ella misma me enseñó las oraciones; apenas fui capaz de unirme a mis hermanos, me arrojaba con ellos por la mañana y por la noche y, juntos, recitábamos las oraciones y la tercera parte del rosario. Recuerdo que me preparó para la primera confesión y me acompañó a la iglesia: comenzó por confesarse ella misma, me encomendó al confesor y, después, me ayudó a dar gracias (MO, p. 9).

En la breve biografía que sobre Mamá Margarita escribe Lemoyne destaca muchos detalles de su educación religiosa a los hijos, y comenta: «El amor de

¹ El estudio de la trayectoria espiritual de don Bosco ha sido tratado con amplitud y competencia. Cito simplemente las publicaciones que sirven de base para nuestra síntesis: Braido (2003), Buccellato (2008), Desramaut (1994), Lenti (2010), Stella (1969a).

² *Memorias del Oratorio* o *Memorias* hacen referencia a la obra de don Bosco *Memorias del Oratorio de san Francisco de Sales de 1815 al 1855* (2011).

³ Cfr. Bosco (2011). *Memorias del Oratorio de san Francisco de Sales de 1815 a 1855*.

Dios, el horror al pecado, el temor a los castigos eternos, la esperanza del paraíso no se aprende tan bien ni se graba tan profundamente en el corazón como a través de los labios maternos» (Lemoyne, 1886). Ella, mujer analfabeta, fue la primera catequista de don Bosco, quien, incluso, debido a la distancia de la iglesia, tenía que limitarse a la instrucción religiosa de tan buena madre. Ciertamente, la historia espiritual de don Bosco tiene su origen ya en los años de la infancia, en los que la pedagogía materna logra hacer emerger el sentido y la centralidad de Dios, creador, omnipresente y providente. Esta visión de la presencia amorosa de Dios en su vida le acompañó siempre y es quizá el presupuesto de su disposición y actitud contemplativa.

3.2. Estudiante y seminarista en Chieri

Desde los dieciséis a los veintiséis años, el joven Bosco vive prevalentemente en Chieri, pequeña ciudad a unos dieciséis kilómetros de Turín, primero como estudiante en la escuela pública y, a partir de 1835, como seminarista. En la escuela de Chieri, la educación religiosa era muy cuidada: misa diaria, libros de lectura piadosa, oraciones al principio y final de las clases, lecciones del catecismo, oficio de la Virgen en los días festivos, frecuencia sacramental. En estos años funda la «Sociedad de la Alegría» y se rodea de buenos amigos (Garigliano, Poirino, Braia, Comollo), que le animan con su buen ejemplo y a quienes él admira e imita. Se trata, según Desramaut, de verdaderas amistades espirituales (Desramaut, 1996, pp. 60-62), especialmente en el caso de Comollo, cuya piedad le impresiona.

El periodo de la escuela pública de Chieri es tiempo fecundo para el estudiante, quien, recordándolo en sus *Memorias*, lo concluye significativamente con el momento del discernimiento vocacional y elección del estado eclesiástico. Superando temores y dudas, hace un acto de fe obediente, como si tuviese la certeza de la vocación y se sitúa definitivamente en la perspectiva de la vida sacerdotal: «Tomada la resolución de abrazar el estado eclesiástico y superado el examen prescrito, me preparé para ese día señaladísimo, convencido de que la salvación eterna o la eterna perdición dependen ordinariamente de la elección de estado» (MO, p. 59). Impresiona ciertamente la claridad de la orientación a Dios del joven seminarista, la totalidad de la entrega a Él y el apartamiento decidido del pasado:

Al pedir que me despojara de la ropa secular con aquellas palabras: *Que el Señor te despoje del hombre viejo con todos sus actos*, dije en mi corazón:

«¡Oh cuantas cosas viejas he de abandonar! Dios mío, destruid en mí todas mis malas costumbres» (MO, p. 59).

Juan Bosco ingresó en el seminario de Chieri el 30 de octubre de 1835. Se había abierto seis años antes, debido al esfuerzo tenaz del arzobispo de Turín, Colombano Chiaverotti, empeñado en la reforma del clero diocesano. Entre sus rasgos más característicos, el mismo Obispo destacaba: la piedad, la austeridad de vida y la pasión apostólica. Logra implantar un modelo de espiritualidad sacerdotal postridentina, concretada en los admirables ejemplos de Felipe Neri, Carlos Borromeo, Francisco de Sales, Vicente de Paul y Luis Gonzaga (Giraudó, 1993, pp. 245-288). En este clima de piedad y austeridad, realiza el clérigo Bosco sus estudios filosóficos y teológicos, pasando del gusto por lo «profano», sentido en los años anteriores, a una vida de radicalidad y exigencia, en la que tiene gran importancia su encuentro con el pequeño libro de la *Imitación de Cristo* (MO, p. 77). Es un tiempo de fuerte tensión espiritual, de paciente esfuerzo ascético, que arman su sólido temple espiritual. Según su propio testimonio, se entrega con toda su alma a la observancia de las reglas del seminario: «No establecía distinción cuando la campana llamaba bien al estudio o a la iglesia, al comedor, al recreo o al descanso» (MO, p. 63).

Pero, este juicio global sobre su estancia en el seminario no le impide expresar también cierto malestar respecto a su sistema educativo. Comparando la formación del seminario con la impartida en el Convictorio Eclesiástico, dice: «En nuestros seminarios se estudia solo la dogmática especulativa. De la moral, únicamente se analizan las cuestiones controvertidas. Aquí se aprende a ser sacerdote» (MO, p. 86). Según Stella (1969a, p. 59-66), don Bosco expresa un juicio de insatisfacción, lamentando una enseñanza puramente teórica y abstracta. Por lo que respecta a la moral, el breve juicio de don Bosco al referirse al seminario, se complementa con cuanto escribe también a propósito del Convictorio. Mientras en el seminario, la orientación era claramente rigorista, siguiendo el texto del moralista Alasia, en el Convictorio se seguía la doctrina probabilista de san Alfonso.

En 1839, año de la muerte de su amigo Luis Comollo, recibe la tonsura y las órdenes menores; en marzo de 1841, el diaconado; y el mismo año, el 5 de junio es ordenado sacerdote por monseñor Franzoni. Precede a la ordenación sacerdotal la tanda de ejercicios espirituales, en la que el diácono Bosco

pergeña lo que muchos consideran un verdadero proyecto de su vida sacerdotal. En él, destacan dos propósitos:

La caridad y la dulzura de san Francisco de Sales me guíen en todo... Cada día dedicaré algún tiempo a la meditación, a la lectura espiritual. A lo largo de la jornada haré una breve visita o al menos una oración al Santísimo Sacramento. Haré al menos un cuarto de hora de preparación y otro cuarto de hora de acción de gracias a la santa Misa (MBe, p. 412, vol. 1).

Expresan la opción por una piedad sencilla y perseverante y por un modelo pastoral. Se pone, además, don Bosco bajo la guía de san Francisco de Sales, que va a acompañar su ministerio sacerdotal.

3.3. Don Bosco en el Convictorio Eclesiástico de Turín

Fundado por Bruno Lanteri y Luis María Fortunato Guala, tenía por fin «preparar a los jóvenes sacerdotes para la vida práctica del sagrado ministerio, una vez finalizados los cursos del seminario» (MO, pp. 86-87). Significó una verdadera y nueva escuela espiritual de sacerdotes con una clara identidad, que los distinguía de los formados en la Universidad de Teología de la misma ciudad de Turín. Al galicanismo y al rigorismo moral de estos, se contraponía la defensa sin reservas de la autoridad del Papa y el probabilismo alfonsiano, defendidos en el Convictorio (Bucellato, 2008, pp. 43-72; Lenti, 2011a, pp. 319-361; Stella, 1969a, pp. 85-102).

Las normas del Reglamento tendían a modelar un eclesiástico piadoso, austero, retirado, desasido del mundo. Pero, sobre todo, como escribe Braido, el proyecto y planteamiento formativo del Convictorio tendía a formar un pastor de almas «benigno en la doctrina y amable en el trato» (Braido, 2003, p. 163).

Don Bosco entra en el Convictorio en 1841, tras su ordenación sacerdotal y recibe en él una impronta decisiva. Al clima eclesial, moral y espiritual que encuentra, se une el influjo fundamental de don Cafasso, que estará en la raíz de sus opciones más importantes, comenzando por el mismo ingreso en el Convictorio. Al referirse a esos años, don Bosco se refiere a su guía y maestro de esta manera:

Don Cafasso –desde seis años antes mi guía– fue también mi director espiritual y, si he realizado algún bien, se lo debo a este digno eclesiástico en

cuyas manos deposité todas las decisiones, aspiraciones y acciones de mi vida (MO, p. 88).

En su labor apostólica, don Bosco alude y cita con frecuencia la autoridad espiritual de su maestro, reproduce su enseñanza e incluso sus palabras, sigue sus métodos, su manera de predicar, hecha de sencillez, de insistencia en los sacramentos y en los novísimos; es idéntico su modo de confesar, todo comprensión y benignidad; idéntica también su devoción a la Virgen, la misma pasión por la Eucaristía; el mismo celo por la salvación de las almas; el mismo amor a la Iglesia y al Papa. Realmente, don Bosco descubre en Cafasso al maestro y al modelo de su vida sacerdotal, aunque Cafasso no pretende hacer al joven sacerdote a su imagen y semejanza, ni, por su parte, don Bosco copia a Cafasso, sino que lo imita según sus propias aptitudes personales.

De forma sintética, se puede decir que don Bosco encuentra, en don Cafasso, al padre bueno y al guía seguro que necesitaba para alcanzar la madurez humana, curando la confusión y las heridas que pudiera arrastrar desde su niñez. A través de su enseñanza logra también la madurez teológica, complementando las posibles carencias de la formación en el seminario de Chieri. Bajo su dirección, alcanza la madurez vocacional que le lleva a una opción definitiva por los jóvenes. Y, finalmente, a través de la experiencia de la dirección espiritual, llega a la madurez espiritual que le conduce a una espiritualidad basada en el amor de Dios y en la caridad pastoral, una espiritualidad verdaderamente «salesiana».

Por ello, para comprender a don Bosco es necesario referirse a su maestro y guía. San José Cafasso puede ser considerado el canal a través del cual, el espíritu de san Francisco de Sales y la moral de san Alfonso María de Liguori llegan a don Bosco. Valentini, en la presentación de la biografía de don Cafasso, que prepara y publica don Bosco inmediatamente después de su muerte, dice:

Humanamente hablando, sin san José Cafasso no habríamos tenido a don Bosco y, probablemente, tampoco habríamos tenido la Congregación Salesiana. Fue él quien lo aconsejó, lo guió en la elección del estado de vida, lo formó en el Convictorio Eclesiástico, lo dirige después, lo defiende y sostiene en los momentos difíciles de su vida. La espiritualidad del maestro pasa en buena parte al discípulo, y nosotros, leyendo estas páginas a la distancia de un

siglo, nos damos cuenta fácilmente de la unión de estas dos espiritualidades. Don Cafasso fue, para don Bosco, el maestro, el director espiritual, el confesor, el bienhechor por excelencia. Este influjo de relaciones íntimas, durante el espacio de treinta años, no podía no dejar una impronta en la vida del discípulo (Valenti, 1960).

4. DON BOSCO, MAESTRO ESPIRITUAL

La propia experiencia personal, el influjo de Mama Margarita, los años del seminario y del Convictorio, el acompañamiento y guía de san José Cafasso introducen a don Bosco en las fuentes de la espiritualidad salesiana, alfonsiana, filipina, vicentina y también ignaciana⁴, que él asimila y canaliza con gran libertad y habilidad hacia la acción educativo-pastoral entre los jóvenes.

Al terminar los años de formación sacerdotal, se le ofrecen a don Bosco varias posibilidades de trabajo pastoral. Ante la pregunta que le dirige don Cafasso sobre su preferencia, responde con sencillez, pero sin vacilación: «Mi inclinación apunta a ocuparme de la juventud. Usted haga de mí lo que quiera; percibo la voluntad del Señor en su consejo» (MO, p. 96). Comienza ya a articular y consolidar lo que en los años anteriores han sido simples prácticas pastorales. Surge y se consolida el Oratorio salesiano, fruto del corazón pastoral de don Bosco. Más tarde, en 1846, respondiendo a las exigencias de la marquesa Barolo, confiesa: «He consagrado mi vida al bien de la juventud. Le agradezco sus ofrecimientos, pero no puedo alejarme del camino que me ha trazado la divina Providencia» (MO, p. 118).

La madurez espiritual de don Bosco se manifiesta y se despliega en el Oratorio, en su entrega total a Dios y a los jóvenes, en la pasión ardiente por la salvación de sus almas. Nutriéndose él mismo de Dios, supo alimentarlos de Dios, a través de la piedad, del cumplimiento del deber, del apostolado

⁴ G. Buccellato (2008, pp. 73-88) subraya la importancia de los Ejercicios Espirituales en la experiencia espiritual y apostólica de don Bosco. En compañía de don Cafasso sube al santuario de san Ignacio en Lanzo, al terminar su primer curso en el Convictorio, en 1842, para hacer Ejercicios. A partir de esta fecha, esta práctica es una constante en su vida y en su apostolado.

entre los mismos compañeros. Don Bosco creó en Valdocco una verdadera escuela de santidad juvenil.

Stella (1969a) ha estudiado el origen, la historia y los rasgos de la espiritualidad que don Bosco presenta a los jóvenes del Oratorio en su propuesta de santidad, a partir de las vidas de jóvenes que él escribe, especialmente a partir de la vida de Domingo Savio (pp. 205-225). Según Lenti, la *Vida de Luis Comollo* (1844) ofrece un ideal de vida cristiana, «un ejemplo para cualquiera, laico o religioso». *El joven cristiano* (1847) llama a los muchachos a emprender la senda de la santidad y les indica el camino. Las tres biografías de *Domingo Savio* (1859), *Miguel Magone* (1861) y *Francisco Besucco* (1864) ejemplifican cómo don Bosco guió a estos jóvenes de diferente condición social y espiritual en el camino de la santidad (Lenti, 2011b, pp. 111-142).

Desde los comienzos de su obra, la propuesta que don Bosco dirige indistintamente a los muchachos del Oratorio, a los colaboradores laicos y a los primeros salesianos, es muy clara. Formado en el Convictorio en la doctrina alfonsiana y salesiana, aún sin utilizar la terminología teológica actual, podemos decir que don Bosco está convencido de la llamada universal a la santidad de todos los cristianos; y él propone a todos un horizonte de vida santa y feliz. Y la pedagogía bosquiana de la santidad es una pedagogía realista, que tiene muy en cuenta la propuesta de modelos concretos. En la presentación de la *Vida de Domingo Savio*, escribe don Bosco, dirigiéndose directamente a los jóvenes:

Decid en vuestro corazón lo que decía S. Agustín: *Si ille, cur non ego?* Si un compañero mío, de mi misma edad, en el mismo lugar, expuesto a los mismos y tal vez mayores peligros, encontró, sin embargo, tiempo y modo de mantenerse fiel seguidor de Jesucristo, ¿por qué no puedo también yo hacer lo mismo? Recordad que la religión verdadera no consiste solo en palabras; hay que ir a las obras. Por tanto, cuando encontréis alguna cosa digna de admiración, no os contentéis con decir esto es bonito, esto me gusta. Decid más bien: quiero empeñarme para hacer esas cosas que leídas de otros, despiertan mi admiración (Bosco, 2012f, p. 52).

Según Buccellato, toda la acción educativo-pastoral de don Bosco se sostiene en su preocupación fundamental de que todos los jóvenes se salven, y en su convicción –típicamente alfonsiana– de que esto es posible y de que, en rea-

lidad, no es demasiado difícil (Buccellato, 2008, p. 96). La propuesta espiritual de don Bosco estimula continuamente y creativamente a jóvenes, colaboradores y religiosos a una santidad exigente, pero posible. Es la santidad que encontramos reflejada en cada una de sus biografías juveniles. La presentación de testigos y modelos es uno de sus recursos habituales, porque, hábil educador, sabe que la cercanía, incluso física, al modelo hace más inmediata la comprensión y asimilación de los contenidos y actitudes.

En cada una de sus biografías juveniles, don Bosco destaca distintos aspectos de acuerdo con la diferente personalidad de los biografiados. En la de Comollo resalta la ascesis; en la de Domingo Savio, las manifestaciones de la vida mística; en la de Magone, la disponibilidad a la conversión y la correspondencia a la gracia; en la de Besucco, las largas oraciones, incluso nocturnas. Pero todas ellas, especialmente las tres últimas, manifiestan la experiencia oratoriana de aquellos años y el modelo de santidad que don Bosco proponía. De manera muy pedagógica, va señalando los aspectos más importantes de ese modelo: Huila del pecado, cuidadosa selección de los amigos, obediencia y cumplimiento del propio deber, pureza, alegría, apostolado entre los compañeros, amor a la oración, devoción mariana y eucarística, frecuencia de la confesión y comunión y, finalmente, la preparación para la muerte. Son los aspectos esenciales que configuran su espiritualidad, así como el camino de santidad por el que guía y acompaña a los muchachos del Oratorio y a los primeros salesianos.

5. RASGOS CARACTERÍSTICOS DEL PENSAMIENTO ESPIRITUAL DE DON BOSCO

Don Bosco, en el oratorio de Valdocco, crea realmente una escuela de espiritualidad. En ella se forjó la vida cristiana y la santidad de muchos jóvenes y de los primeros salesianos. Y en ella se desarrolló y maduró también la misma espiritualidad y santidad de don Bosco. Su santidad es efectivamente, como comprendieron enseguida sus seguidores, una «santidad educadora» (Caviláis, 1953, p. 87).

Explica Desramaut que en el período postridentino del catolicismo occidental están presentes principalmente tres o cuatro corrientes espirituales de carácter nacional: la escuela española, la escuela francesa, la escuela italiana

y la escuela flamenca. La andadura y la propuesta espiritual de don Bosco no parece que tiene mucho que ver ni con la escuela flamenca que vivía de la tradición medieval, ni con la francesa de Bérulle, Olier o Condren. Le fue más familiar la escuela española del siglo XVI, de Teresa de Jesús y de Ignacio de Loyola. Comúnmente se le sitúa como discípulo de san Francisco de Sales, santo al que admira, quiere imitar y propondrá como patrono de los institutos religiosos que funda. Existe ciertamente gran convergencia y afinidad entre ambos santos, pero no ha sido demostrada la dependencia doctrinal bosquiana del Obispo de Ginebra. En realidad, en ambos hay una sintonía con el patrimonio espiritual italiano que, nacido en el Medioevo franciscano, aparece marcado por el clima humanista de los siglos XV y XVI, cuyas características principales son: piedad sencilla, clara preferencia por la práctica, ascesis interior, búsqueda de la alegría y de la paz del alma, oposición al paganismo y al protestantismo. En diversa medida se encuentran presentes en san Francisco de Sales, san Felipe Neri, san Alfonso María de Liguori y también en don Bosco (Desramaut, 1994, pp. 223-236). Son los rasgos principales que configuran la propuesta educativa de su espiritualidad y a los que vamos a aludir de manera breve y sintética.

5.1. Una espiritualidad humanista

«Profundamente humano y rico en las virtudes de su pueblo, profundamente hombre de Dios y lleno de los dones del Espíritu Santo», así presentan las *Constituciones de la Sociedad Salesiana* a don Bosco (art. 21). Grande en humanidad, fue igualmente grande en vida sobrenatural. Quizá, incluso, lo que a primera vista impresionaba en don Bosco era el hombre, no el santo. «Todo es humano en don Bosco, escribió Daniel Rops, y, al mismo tiempo, todo revela misteriosamente una luz sobrenatural». Quizá radica aquí el verdadero secreto de su santidad, en el logro de la integración armoniosa de esta doble dimensión: humana y divina; integración entre naturaleza y gracia, razón y fe, tierra y cielo, hombre y Dios.

Por su formación alfonsiana y antijansenista, y por convicción adquirida, el sacerdote Juan Bosco admira la naturaleza humana, las maravillas del pensamiento, del amor, del valor, reconoce la grandeza del ser humano, confía en el hombre y en sus capacidades, de manera realista, sin caer en la ingenuidad del puro humanismo. Mantiene siempre la visión cristiana del hombre, pecador y redimido.

Su sistema pedagógico se fundamenta en la razón, la amabilidad y la religión; no hay en él espacio para el autoritarismo, para la inflexibilidad. Por encima de la «frialdad del reglamento», deben prevalecer las razones de la bondad y del corazón, porque la educación, para don Bosco, es «cosa del corazón» y le es consustancial la confianza.

La pedagogía de don Bosco es una pedagogía de la confianza. Pide al educador confiar en el joven para hacer posible la confianza de este en el educador. Su opción por los jóvenes va unida a un fuerte optimismo educativo. Escribe en la introducción al Reglamento que, la juventud:

No es de por sí perversa... Si sucede alguna vez que ya están dañados a esa edad, es más por inconsciencia que por malicia consumada. Estos jóvenes tienen verdaderamente necesidad de una mano amiga, que tome cuidado de ellos, los cultive, los guíe a la virtud, los aleje del vicio (Bosco, 2012d, pp. 82-83).

En las biografías que escribe sobre algunos jóvenes del Oratorio muestra que es posible conducir hasta niveles de perfección en la vida cristiana a quien está particularmente dotado (Domingo Savio); de recuperar a quien ha tenido un pasado menos favorable (Miguel Magone); y de acompañar hasta llegar a un desarrollo satisfactorio a quien dispone de recursos normales (Francisco Besucco).

En el fondo de esta confianza en los jóvenes está la confianza radical en la persona humana, que procede de la convicción de su dignidad, de su valor absoluto en cuanto persona, creada por Dios a su imagen y semejanza. Don Bosco bebe este humanismo en las fuentes del llamado humanismo devoto de san Francisco de Sales, que le lleva a una visión optimista de la vida, del mundo y, en particular, de los jóvenes. Y esta matriz salesiana está en la raíz de su espiritualidad. De manera muy sencilla se podría decir que su espiritualidad, como su pedagogía, se basan en dos ejes: la confianza en Dios que no abandona nunca a su creatura y la confianza en el corazón del hombre (Desramaut, 1996, p. 63).

5.2. Piedad sencilla

La espiritualidad que don Bosco vive y propone es verdaderamente sencilla, de manera particular en cuanto se refiere a los ejercicios y prácticas de piedad. Recomendaba las prácticas de piedad comunes en su ambiente, con la excepción, quizá, del ejercicio de la buena muerte, al que siempre concedió gran importancia.

Un documento importante que manifiesta no solo las prácticas de piedad que don Bosco proponía a los muchachos de Valdocco, sino que presenta también un plan de vida cristiana para ayudarles a mantenerse alegres, es el libro que les dedica y que se usaba normalmente en el Oratorio: *El joven cristiano* (Bosco, 1978, pp. 503-544). Según Stella, se puede decir que la vida religiosa que promovía don Bosco, se articulaba en un sistema de prácticas comunes. Se trataba de las prácticas prescritas o sugeridas por el catecismo diocesano de Turín y de otras diócesis del Piamonte: oraciones de la mañana y de la tarde, la misa, en la que se recitaba el rosario, la visita al Santísimo, y especialmente la frecuencia de los sacramentos (Stella, 1969a, pp. 303-346). No le gustaba multiplicar las prácticas de piedad. Si se las compara con las de su más constante maestro, san Alfonso de Ligorio, se puede constatar una clara tendencia a la sencillez y simplificación. No pretendía una espiritualidad para grupos especializados, pero exigía un mínimo de prácticas sin el cual toda la vida religiosa se desmorona. «Yo no exijo más que lo que hace todo buen cristiano, pero procuro que estas oraciones se hagan bien», fue, según Juan Bautista Anfossi, su respuesta a una persona que le reprochaba las numerosas oraciones de sus muchachos⁵.

Don Bosco habló poco de la oración metódica, pero inculcó una especie de contemplación habitual, que llamaba frecuentemente espíritu de oración, unión con Dios; e insistió mucho en los sacramentos, Penitencia y Eucaristía, y en la devoción a la Virgen. En este estilo de piedad sencilla y en su rechazo de métodos, incluso de los menos complicados, se puede percibir con mayor claridad el influjo del patrimonio espiritual italiano. Y en ello se distingue también de otros autores espirituales franceses o españoles, incluso de san Francisco de Sales. Si llegó a leer la *Introducción a la vida devota*, ciertamente no siguió el mecanismo de meditación propuesto por el Obispo de Ginebra.

5.3. Una espiritualidad práctica

La espiritualidad que don Bosco promueve no es tampoco teórica o especulativa; es más bien una espiritualidad práctica, orientada a la acción. En realidad, don Bosco refleja en su espiritualidad, su temperamento de campesino piamontés, equilibrado, concreto, realista y realizador; y propone una espiri-

⁵ J.B. Anfossi, en el proceso diocesano de canonización, ad 22: *Positio super introductione causae Summarium*, p. 442.

tualidad activa: hay que construirse a sí mismo, participar en la construcción de la sociedad y de la Iglesia, servir al Señor con alegría.

Una de las convicciones profundas de la vida espiritual de san Juan Bosco la expresa y la hace rezar de manera muy sencilla: «Yo he sido creado por Dios para conocerle, amarle y servirle en esta vida y después gozar con él en el paraíso» (Bosco, 1858, p. 83). Según Desramaut, su verbo preferido era el tercero. De manera que, con frecuencia, don Bosco decía simplemente: «Dios nos ha creado para servirle», y cuando quería presentar a sus jóvenes un método de vida cristiana, procuraba ponerlos en condiciones de poder decir: «sirvamos al Señor con alegría» (Desramaut, 1994, pp. 189-209).

Todo en don Bosco, tanto su vida espiritual como apostólica se ordenaba a la gloria de Dios, que constituía la norma suprema de la perfección de sus actos. Es el testimonio más repetido de cuantos vivieron con él: «lo hacía todo a la mayor gloria de Dios», «trabajaba siempre para la mayor gloria de Dios y salvación de las almas». Don Bosco unió siempre a la piedad, la caridad activa. Quizá podemos encontrar aquí la clave de su espiritualidad.

Cuando Domingo Savio le manifiesta su gran deseo de hacerse santo, don Bosco dice:

Lo primero que se le aconsejó para hacerse santo fue emplearse en ganar almas para Dios, porque no hay cosa más santa en el mundo que cooperar al bien de las almas, por cuya salvación Jesucristo derramó hasta la última gota de su preciosa sangre (Bosco, 2012f, p. 80).

Y lo que aconsejaba a sus jóvenes, lo proponía a los primeros salesianos. En una de las primeras redacciones de las Constituciones Salesianas escribe:

El fin de esta sociedad es el de reunir a sus miembros eclesiásticos, clérigos y seglares, para perfeccionarse a sí mismos imitando las virtudes de nuestro Divino Salvador, sobre todo la caridad con los muchachos pobres (MBe, p. 663, vol. 5).

En don Bosco, la caridad activa es caridad apostólica, caridad pastoral. Es el camino de su propia santidad y también el camino que propone a todos.

5.4. Vivir siempre alegres

La vida espiritual de don Bosco, así como su propuesta de santidad a los jóvenes y a los primeros salesianos se caracterizó siempre por una alegría sin

igual. Pablo VI dice que la fuente de la alegría no ha cesado de manar en la Iglesia, y, especialmente, en el corazón de los santos⁶. Él mismo se hace eco de esta experiencia espiritual, «que ilustra según los carismas peculiares y las vocaciones diversas, el misterio de la alegría cristiana» (GD, 33), evocando, entre otras, las figuras de san Bernardo, santo Domingo, santa Teresa de Jesús, san Francisco de Sales y san Juan Bosco.

Ciertamente, uno de los aspectos que llama la atención en la espiritualidad y santidad de don Bosco es su actitud de sencillez y alegría, que hace, quizá, parecer fácil y natural lo que en realidad es arduo y sobrenatural. Toda su vida rebosa gozo y alegría. La alegría era para él como el palpitar del corazón, como el aire para respirar. En él, significaba muchas cosas: el gozo de vivir manifestado en lo cotidiano, la aceptación de los acontecimientos como camino concreto de la voluntad de Dios, la confianza en lo positivo de las personas, el sentido profundo del bien y la convicción de que siempre es más fuerte que el mal, la acogida ponderada de los valores de los tiempos nuevos. Pero, en su enseñanza, la verdadera alegría radica especialmente en la santidad. No pueden extrañar las palabras que pone en labios de Domingo Savio dirigidas a su amigo Gavio, apenas llegado al Oratorio: «nosotros aquí hacemos consistir la santidad en estar muy alegres» (Bosco, 2012f, 108).

Al mismo tiempo, don Bosco está convencido de que la fuente de la alegría está en Dios; por eso, su insistencia en la confesión y la comunión. Siendo todavía niño, funda la *Sociedad de la alegría*; desde el comienzo del Oratorio quiere que toda su obra sea y se convierta en una «sociedad de la alegría», en la que a los muchachos se les dé «amplia posibilidad de saltar, correr, gritar a placer», siguiendo la recomendación de san Felipe Neri: «Haced todo lo que queráis, a mí me basta con que no cometáis pecados» (Bosco, 2012b, 168). De una manera muy sencilla, a Francisco Besucco, a su llegada al Oratorio le propone: «Si quieres hacerte bueno haz solo tres cosas y todo irá bien: alegría, estudio y piedad. Este es el gran programa: practicándolo podrás vivir feliz y hacer mucho bien a tu alma» (Bosco, 2012a, 250).

⁶ Cfr. *Gaudete in Domino*. Exhortación apostólica sobre la alegría cristiana (Acta Apostolica Sedis –AAS– 67, 1975, pp. 289-322).

5.5. Ascesis interior

La espiritualidad de la alegría que promueve don Bosco no está reñida con la ascesis; al contrario, ocupa en ella un puesto primordial. Es cierto que nunca buscó ni predicó la mortificación por sí misma. Pero la vivió desde niño y la exigió a los suyos como condición para la disponibilidad en el servicio a Dios y al prójimo. El lema y programa espiritual que deja a la Congregación Salesiana, «da mihi animas, cetera tolle» no solo expresa la unidad entre la experiencia espiritual y la acción apostólica, sino también la unidad entre mística y ascética.

Don Bosco aconsejaba prudencia ante algunas mortificaciones concretas, especialmente si podía correr peligro la salud. Pero en su imaginario espiritual no falta nunca la ascesis. Tras su imposición de sotana, consciente de que debe reformar su vida, escribe entre sus propósitos: «Amaré y practicaré el recogimiento y la templanza en el comer y beber; no descansaré más que las horas estrictamente necesarias para la salud» (MO, p. 61). Es un signo de la importancia que dio a lo largo de toda su vida a la renuncia y mortificación.

Pero, contra una corriente espiritual entonces muy presente, en sus normas no aparecen las penitencias *afflictivas*, como ayunos severos, cilicios, disciplinas corporales, aunque las respeta. En su tiempo de seminarista, imita a su amigo Luis Comollo en todo, menos en las mortificaciones:

Solo en una cosa ni siquiera he intentado imitarle, en la mortificación. Observar a un joven de 19 años ayunar rigurosamente durante toda la cuaresma y en otros tiempos mandados por la Iglesia, igualmente ayunar todos los sábados en honor de la Santísima Virgen, renunciar frecuentemente al desayuno de la mañana o, a veces, comer a mediodía pan y agua, soportar cualquier desprecio e injuria sin mostrar la más mínima señal de resentimiento... eran otros tantos aspectos que me asombraban y obligaban a reconocer en aquel amigo un héroe, una invitación al bien y un modelo de virtud (MO, p. 67).

Esta misma actitud de desconfianza y recelo ante este tipo de mortificaciones se encuentra en sus vidas de Savio y Magone.

En el Oratorio, don Bosco propone a los jóvenes un programa espiritual en el que tiene un papel importante la mortificación, el sacrificio, la renuncia personal, la aceptación de los contratiempos de la vida cotidiana. Es siempre una ascesis orientada bajo el signo de la moderación, razonada y motivada. Y los

motivos que más frecuentemente aparecen en sus escritos, son: prevenir o expiar el pecado, encaminar hacia la perfección de la vida cristiana y, sobre todo, imitar a Cristo crucificado. De una manera muy pedagógica, dirigiéndose a sus muchachos, les dice: «A quien os diga que no hay que ser tan riguroso con nuestro cuerpo, respondedle: el que no quiere sufrir con Cristo en este mundo, no podrá gozar con Jesucristo en el cielo» (Bosco, 1846).

La consideración de la experiencia y del pensamiento ascético de don Bosco presenta indudablemente aspectos superados por el tiempo, modos, formas y expresiones que no son ya de actualidad. Sin embargo, al margen de las contingencias culturales, es posible distinguir las raíces evangélicas que lo animan. Y llama la atención, en particular, la concentración ascética que propone en el binomio «trabajo y templanza».

En el pensamiento de don Bosco, la vida ascética se concentra especialmente en este binomio. En los ejercicios espirituales de 1876 contó un sueño que él mismo calificó como «rico en muchas e importantes enseñanzas». En él, don Bosco ve la mies, ingente e inmensa, preparada para los salesianos. Y el personaje que lo acompaña a lo largo de todo el sueño le pregunta:

¿Sabes con qué condiciones se podrá conseguir lo que has visto? Mira, es necesario que hagas imprimir estas palabras que serán como vuestro lema, como vuestra palabra de orden. Nótao bien: *El trabajo y la templanza harán florecer a la Congregación Salesiana*. Harás imprimir un manual que las explique y haga comprender bien que el trabajo y la templanza son la herencia que dejas a la Congregación y, al mismo tiempo, su gloria (MBe⁷, p. 397, vol. 12).

Para don Bosco, trabajo y templanza no pueden separarse; van juntos y se sostienen mutuamente. Juntos constituyen la fisonomía ascética de sus discípulos. Juntos orientan la actividad salesiana y marcan un programa de entusiasmo y exigencia, de creatividad y renuncia, de iniciativa y de continencia, de generosidad y austeridad, de espontaneidad y dominio de sí, de entrega y moderación. En el pensamiento bosquiano, trabajar es realizar intensamente un proyecto apostólico; tener templanza es mantenerse disponible para la misión, purificando y dominando los instintos e inclinaciones egoístas.

7 Cfr. *Memorias biográficas de san Juan Bosco* (Lemoyne et al., 1981-1998).

6. DON BOSCO, ¿MAESTRO Y AUTOR ORIGINAL?

Como conclusión y síntesis de esta breve reflexión sobre la experiencia espiritual de don Bosco y sobre los rasgos característicos de su vida y de su propuesta espiritual quiero referirme a la pregunta que muchos se han hecho sobre la originalidad de su pensamiento, porque las respuestas han sido muy diferentes.

Examinando su vida y su acción apostólica, ciertamente don Bosco aparece como un maestro espiritual. Es un santo que forjó su santidad entregándose totalmente a Dios y a los jóvenes, viviendo en medio de ellos, buscando siempre su bien y su salvación. Entre ellos, inicia una escuela de espiritualidad que guía a muchos a la santidad; y, con ellos, funda la Sociedad Salesiana, origen de una gran Familia, que él mismo acrecienta y desarrolla con la fundación de las Hijas de María Auxiliadora y de los Salesianos Cooperadores.

En distintos momentos, los Papas han reconocido su paternidad y magisterio espiritual. Con motivo de la beatificación de Madre Mazzarello, declaró Pío XI: «Este sapientísimo doctor bajo cuyo magisterio ella fue conducida hasta el más alto vértice de la perfección cristiana y religiosa...»⁸. Y Pío XII, dirigiéndose a los Cooperadores, les dice: «Bien proveyó a vuestra vida interior la sabiduría del santo de la acción, dictándoos a vosotros, no menos que a su doble familia de Salesianos e Hijas de María Auxiliadora, una regla de vida espiritual, ordenada a formaros en la religiosidad interior y exterior de quien hace suya seriamente, en su mundo familiar y social, la obra de la perfección cristiana»⁹.

Existe, pues, una espiritualidad «salesiana de don Bosco», que tiene fuentes y raíces muy precisas, a las que hemos aludido (Felipe Neri, Francisco de Sales, Vicente de Paul, Alfonso de Ligorio); y en la que influyen también santos contemporáneos suyos, maestros espirituales junto a los que vivió (José Cafasso, Bruno Lanteri). No pretendió ser original. Se siente dentro de una tradición y se preocupa de exponer las orientaciones morales y espirituales más seguras de la Iglesia de siempre. Pero don Bosco no es simplemente espejo y reflejo de esos modelos de espiritualidad. Fiel a Dios y fiel a sí mismo, se muestra sumamente creativo. Hay afinidad, convergencia y filiación con otros grandes santos, pero resulta difícil precisar el influjo y la dependencia.

⁸ AAS 30 (1938, p. 272).

⁹ AAS 44 (1952, p. 778).

Todo ello permite abordar la cuestión sobre la originalidad de sus escritos. Son muy numerosos, pero, a pesar de ello, don Bosco no es reconocido como autor espiritual. No escribió ciertamente nada que pueda compararse al *Tratado del amor de Dios*, de san Francisco de Sales. Don Bosco no es un teólogo y se resiste a la introspección espiritual. Según Stella, incluso por temperamento, don Bosco era incapaz de escribir un tratado sistemático sobre cualquier argumento (Stella, 1969b, p. 18). Más que una reflexión sistemática, sus escritos tienen un carácter compilatorio. De manera que la visión histórica de la espiritualidad de don Bosco, más que en su valor científico, original, sistemático, tiene que fijarse en el reconocimiento de las fuentes utilizadas, mirar a los gustos e inclinaciones del Santo y hacer emerger la originalidad de la síntesis, sin olvidar que el lugar por excelencia de su pensamiento y doctrina espiritual es su propia vida.

BIBLIOGRAFÍA

- Bosco, J. (1846). *Le sei domeniche e la novena di S. Luigi Gonzaga con un cenno sulla vita del Santo*. Torino: Tipografia Speirani e Ferrero.
- Bosco, J. (1858). *Il mese di maggio consacrato a maria SS. Immacolata ad uso del popolo*. Torino: Tipografia G. B. Paravia.
- Bosco, J. (1978). El joven provisto para la práctica de sus deberes y de los ejercicios de la piedad cristiana. En J. Canals y A. Martínez Azcona, *San Juan Bosco. Obras fundamentales*. Madrid: BAC.
- Bosco, J. (2011). *Memorias del Oratorio de san Francisco de Sales de 1815 a 1855* (8ª ed.) [traducción y notas historiográficas de José Manuel Prellezo]. Madrid: Editorial CCS.
- Bosco, J. (2012a). El pastorcillo de los Alpes o vida del joven Francisco Besucco de Argentera. En A. Giraudo, *Vidas de jóvenes. Las biografías de Domingo Savio, Miguel Magone y Francisco Besucco*. Madrid: Editorial CCS.
- Bosco, J. (2012b). El sistema preventivo en la educación de la juventud. En P. Braido, *Juan Bosco, el arte de educar: escritos y testimonios*. Madrid: CCS.
- Bosco, J. (2012c). *Memorias del Oratorio de san Francisco de Sales de 1815 a 1855* (12ª ed.) [traducción y notas histórico-biográficas de José Manuel Prellezo]. Madrid: Editorial CCS.
- Bosco, J. (2012d). Plan de Reglamento para el Oratorio masculino de S. Francisco de Sales de Turín en la zona de Valdocco. En P. Braido, *Juan Bosco, el arte de educar. Escritos y testimonios*. Madrid: Editorial CCS.
- Bosco, J. (2012e). Vida del jovencito Domingo Savio, alumno del Oratorio de S. Francisco de Sales. En A. Giraudo, *Vidas de jóvenes: las biografías de Domingo Savio, Miguel Magone y Francisco Besucco*. Madrid: CCS.

- Bosco, J. (2012f). *Vidas de jóvenes. Las biografías de Domingo Savio, Miguel Magone y Francisco Besucco* [ensayo introductorio y notas históricas de Aldo Giraudo]. Madrid: Editorial CCS.
- Braido, P. (2003). *Don Bosco prete dei giovani nel secolo delle libertà I*. Roma: LAS.
- Buccellato, G. (2008). *Appunti per una storia spirituale del sacerdote Giovanni Bosco*. Torino-Leumann: Elledici.
- Caviglia, A. (1953). *Conferenze sullo spirito salesiano*. Torino.
- Desramaut, F. (1994). *Don Bosco y la vida espiritual*. Madrid: Editorial CCS.
- Desramaut, F. (1996). *Don Bosco en son temps (1815-1888)*. Torino: Società Editrice Internazionale.
- Giraudo, A. (1993). *Clero, seminario e società. Aspetti della restaurazione religiosa a Torino*. Roma: LAS.
- Giraudo, A. (2012a). *Don Bosco, maestro de vida espiritual*. Madrid: Editorial CCS.
- Giraudo, A. (2012b). *Estudio introductorio: La importancia histórica y pedagógico-espiritual de las Memorias del Oratorio* (12ª ed.). Madrid: CCS.
- Lemoine, G. B. (1886). *Scene morali di familia esposte nella vita di Margherita Bosco, relato ameno ed edificante*. Torino: Tipografia e Libreria Salesiana.
- Lemoine, G.B., Amadei, A., Ceria, A., y Bustillo, B.⁹ (1981-1998). *Memorias biográficas de San Juan Bosco* [obra completa en 20 volúmenes]. Madrid: Editorial CCS.
- Lenti, A. (2011a). *Don Bosco: Historia y Carisma 1. Origen: De I Becchi a Valdocco (1815-1849)*. Madrid: Editorial CCS.
- Lenti, A. (2011b). *Don Bosco: Historia y Carisma 2. Expansión: de Valdocco a Roma (1850-1875)*. Madrid: Editorial CCS.
- Martina, G. (1974). *La Iglesia, de Lutero a nuestros días. III Época del liberalismo*. Madrid: Cristiandad.
- Martínez Azcona, A. (1978). *San Juan Bosco. Obras fundamentales*. Madrid: BAC.
- Stella, P. (1969a). *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica*. Zürich: Pas-Verlag.
- Stella, P. (1969b). *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica II. Mentalità religiosa e spiritualità*: Zurich: Pas-Verlag.
- Valentini, E. (1960). *San Giuseppe Cafasso. Memorie pubblicate nel 1860 da S. Giovanni Bosco*. Torino: SEL.

⁹ Vol. 10 recopilado con la colaboración de A. Amadai; Vols. 11-19 recopilados por E. Ceria.